

la humanidad, ni la pericia técnica de los hombres que buscan la inmortalidad, ni las esperanzas revolucionarias de un orden nuevo están a la altura del monoteísmo, y Gray no ahorra ninguna crítica, ni suaviza su mordacidad. Lástima que su complacencia con sus preferidos no tenga la misma altura: si el ateísmo místico con parentesco en las religiones orientales de Schopenhauer, el *amor Dei intellectualis* racionalista de Spinoza que impide toda relación personal y la fe fideísta de Shestov, que se manifiesta contra los idealismos decimonónicos, se ponen a la misma altura, uno puede dudar de que el autor tenga alguna idea positiva clara sobre cada uno de ellos. Porque donde no se explicitan las diferencias no es posible comprender el significado de lo que se afirma. Spinoza sostiene que solo existe Dios y Él es todo lo que existe, por tanto, no es un ser externo al que podamos referirnos. Schopenhauer mantiene que la realidad última es la nada y que cada uno

solo puede querer apariencias, que le individualizan, pero, a la vez, le someten a la tiranía del deseo y de la inquietud. No es exactamente lo mismo que el todo sea Dios que la nada, aunque con ninguno de los dos podamos tener un trato personal. Finalmente, el fideísmo de Shestov está orientado a eliminar la humanización de Dios que llevan a cabo las teologías idealistas y mantener la diferencia entre el hombre y sus capacidades del don de Dios que supera toda comprensión. Merece la pena transcribir la última frase: «La fe y el descreimiento son posturas que la mente adopta frente a una realidad inimaginable. Un mundo sin Dios es tan misterioso como un mundo bañado de divinidad, y la diferencia entre ambos tal vez sea menor de lo que piensan» (p. 214). Considero, por mi parte, que sí vale la pena pensar esa diferencia con toda acuidad.

Enrique MOROS

---

**Patxi LANCEROS**, *El robo del futuro. Fronteras, miedos, crisis*, Madrid: Catarata, 2017, 144 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-90973103.

Este ensayo de filosofía política es un verdadero ejercicio del pensamiento. De un pensamiento lleno de sentido y escrito en un magnífico castellano. En estas páginas se afrontan con profundidad muchos temas esenciales en el hoy de nuestra civilización y que bien pueden servir de orientación a nuestras acciones en la situación cultural y política que padecemos.

El futuro del que habla es «el futuro en dimensión sociopolítica; se entiende por futuro aquella (im)previsible culminación del progreso, aquella compleja y completa recapitulación de la aventura humana que, aun con variadas declinaciones y conjugaciones, ha sido no solo el anhelo, sino la íntima y pública certeza del periodo, no bre-

ve, que nos precede. Se entiende por futuro el futuro de la modernidad» (p. 130). Y, ¿en qué consiste ese futuro? «Lo que constituyó, desde el principio y por principio, el nervio de la modernidad: la sospecha, al menos, de que la humanidad –con tropiezos y desvíos, con traumas y desmayos– es susceptible de variación. Y esa variación, convenientemente orientada, puede ser experimentada como mejoría, perfeccionamiento o progreso» (p. 35). ¿Hacia dónde conduce ese perfeccionamiento? «La recapitulación que consigue la unidad deseada manteniendo la pluralidad desplegada» (p. 16) ¿Cómo se logra? Dando «forma política al anhelo de libertad. Y de una libertad que no puede ser pervertida o confiscada» (p. 58).

¿Cómo se puede robar el futuro? Aquí viene en nuestro auxilio el subtítulo del libro: *fronteras, miedos, crisis*. Las fronteras son las que definen la alteridad y nos hacen diferentes, tan distintos que solo cabe enfrentarnos. Aquí se introducen agudos análisis sobre los problemas migratorios. Los miedos son, por su parte, el arma más poderosa contra el ejercicio de la libertad: bloquean la acción, tanto la individual como la común. Y son la principal arma de todos los populismos. La crisis en que estamos sumidos ya no significa el momento decisivo en el que la realidad se abre al crecimiento o al abismo, sino que se convierte en repetitiva, e incluso permanente, contradiciendo su propio significado: es el estado en el que nos toca vivir. El autor enmarca en este contexto la crisis ecológica. Y el análisis de la misma da resultados poco confortables: «[h]oy el sistema, esa imprecisa aleación de imperativos tecnológicos y económicos, invade y *altera* por doquier los mundos de la vida. Hasta hacer innecesaria o errada la distinción entre uno y otros... Conmueve y arruina los pilares de la convivencia: destruye la posibilidad de la acción colectiva. Y favorece la general degradación... En el marco de una general dislocación, el discurso *idiota* multiplica la fractura; y produce sujetos: sometidos tanto a un sistema que se convierte en destino como a los múltiples ídolos de las diversas tribus. El desierto, eficaz y efectivamente, crece» (pp. 140-141). Así quedamos a la intemperie donde el frío glacial interrumpe todo progreso (cfr. p. 137). Y de ese modo se puede concluir: «Algo sabemos, algo se sugiere, o se destaca, en la certeza de la incertidumbre que nos somete: que *el secuestro del progreso coincide con el robo del futuro*» (p. 129).

El autor no acepta sin más la modernidad: es necesario «prevenir contra los excesos de un racionalismo autocomplaciente incapaz de articular satisfactoriamente la complejidad de la vida humana:

tanto la privada como la pública» (p. 58). Por esa razón, «es preciso probar un concepto de razón más adecuado a la complejidad de la vida. Un concepto de razón que ha de acoger —sin someter ni someterse— las instancias despreciadas por el impulso modernizador» (p. 59). Y ese concepto de razón ampliada exige también una nueva visión del hombre: «reconocer el hecho de que el humano excede la definición que de él supo y pudo dar el racionalismo ilustrado» (p. 58).

Por esa razón, «es preciso asumir ese reto con rigor intelectual y destreza política» (p. 87). En lugar de tratar la alteridad con el código de derechos, podríamos enfrentarnos a ella con el lenguaje y la lógica de la hospitalidad, que «se fundamenta en el hecho de que la diferencia nunca es absoluta, o de que hay una comunidad profunda que protesta contra toda definición de alteridad» (p. 93). En vez de la negación total del otro y de la consecuente lucha, «la política tiene que ver con artefactos y artificios. Con instrumentos fabricados para posibilitar el grado más alto posible de convivencia y cooperación» (p. 101). Y necesitamos una «narración convincente y mínimamente vinculante, a falta de un relato no ya creíble sino simplemente entretenido, o estimulante» (p. 135) que nos permita actuar en medio de la mundialización y la globalización excesivamente parciales.

Lo que se echa en falta en estas páginas apasionadas y apasionantes es alcanzar el lugar de dónde puede brotar la creatividad para imaginar tantas cosas nuevas con renovado vigor. Seguramente es necesario señalar la penuria de la razón moderna, pero tal vez no baste con la crítica, sino mostrar su ejercicio. Es probable que el mundo de la vida esté dislocado, y, precisamente por eso, será preciso un nuevo ejercicio de la virtud, de una virtud que acierte a crear una nueva cultura. Quizá sí necesitamos fin(es) inalcanzables, pero requeri-

rán un resplandor más intenso que el del mero progreso futuro. En parte nos encontramos con un libro de análisis de la situación filosófica y política actual, en parte es una prospectiva nostálgica sobre el destino de la modernidad —¡Nos han robado el fu-

turo!—, y, tal vez no en último lugar, una propuesta que podría ser más articulada y llegar a terrenos fecundos en las próximas publicaciones.

Enrique MOROS

---

**Martha C. NUSSBAUM**, *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*, Barcelona: Planeta («Paidós Estado y Sociedad»), 2019, 304 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 978-84-49335853.

La autora no necesita ninguna presentación. El adjetivo «actual» con que se cierra el título es muy apropiado. La autora sitúa el origen de la gestación de este libro el mismo día de la elección de Trump como presidente de EE.UU. Y fue publicado originalmente en inglés en el 2018 por Simon&Schuster. El hilo argumentativo viene definido por el título: la crisis política actual en que se debaten los EE.UU. tiene su origen en el miedo, que ejerce su poder absoluto sobre la política (democrática) provocando una crisis que impide la colaboración solidaria de los ciudadanos para el desarrollo del país. Se trata, sin duda, de un ejercicio filosófico a la manera socrática en el que se intenta vivir y proponer «una vida examinada».

La mayor parte del texto se dedica a exponer, con la claridad y el dominio del mundo clásico que caracterizan a la autora, el papel «temprano y preponderante» del miedo en la vida política. Así desarrolla otro de sus temas favoritos: las pasiones del alma. El miedo engendra a la ira, que tiene a los demás como enemigos y convierte la política en un juego de suma cero. Cada ciudadano se encierra en su estrecho yo y allí desarrolla el asco que todo supuesto competidor (y todos son competidores para quien no tiene claro para qué vale ni ha podido formarse adecuadamente) le

produce. Así se desarrolla la política de exclusión que campa a sus anchas en la actualidad del discurso político estadounidense. Por último, el miedo convierte a los demás en objetos de una feroz envidia, siempre a la espera del desencadenamiento de una violencia ciega.

La cuestión puede plantearse con sencillez: «nos preguntemos a qué deberíamos aspirar como nación si queremos niños que sean capaces de preocuparse por los demás y de demostrar reciprocidad y también felicidad» (p. 63). La historia de los padres fundadores de los EE.UU. (en enfrentamiento entre Hamilton y Blurr) y el comentario de obras literarias se entrelazan para construir un discurso de fácil lectura. La autora no es partidaria de los desarrollos estoicos y cínicos contra el miedo, porque la primera pasión en realidad es el amor: «No hay nada que nos haga más vulnerables que amar a otras personas o amar a un país. Pueden salir mal muchísimas cosas... Conservar el amor significa conservar buena parte del miedo» (pp. 111-112). Finalmente, la autora dedica un capítulo a comentar el sexismo y la misoginia que forman un «coctel tóxico» que la cultura política actual se bebe a dos manos. Aunque reconoce que cuando entramos en estos temas «hablamos de cosas que no tienen mucha lógica» (p. 222). Y no cierra los ojos